



DAVID KING

EL JUICIO DE  
ADOLF  
HITLER

El *putsch* de la cervecería  
y el nacimiento de la Alemania nazi

Seix Barral



Seix Barral Los Tres Mundos

---

**David King**

**El juicio de Adolf Hitler**

El *putsch* de la cervecería y el nacimiento  
de la Alemania nazi

Traducción del inglés por  
Íñigo F. Lomana

---

Título original: *The Trial of Adolf Hitler*

© David King, 2017

Derechos mundiales de la obra reservados por el propietario

© por la traducción, Íñigo F. Lomana, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: septiembre de 2019

ISBN: 978-84-322-3545-0

Depósito legal: B. 16.584-2019

Composición: Moelmo, SCP

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

---

## ÍNDICE

- 17 *Múnich, 1923-1924: Personajes principales*  
23 *Prólogo*

### PRIMERA PARTE LA CERVECERÍA

- 29 1. Bürgerbräukeller  
39 2. Multimillonarios famélicos  
47 3. Cuatro balas  
53 4. El Ulises alemán  
63 5. «Vulgar, tosco y escandaloso»  
68 6. La metrópolis efervescente  
80 7. El regalo de Harvard  
86 8. El nuevo régimen  
90 9. «Entrega realizada con éxito»  
100 10. El contragolpe  
106 11. La iniciativa  
113 12. Las hordas bárbaras  
120 13. Medianoche en Múnich  
127 14. Ordenanza n.º 264  
131 15. «¡No soy ningún cobarde!»

---

136	16. El momento decisivo
144	17. En el patio
149	18. La legión extranjera de Hitler
155	19. La escabechina
164	20. La desbandada
171	21. La pesadilla de los rehenes
176	22. Los nuevos criminales de noviembre
182	23. El testamento
192	24. Cae el telón
202	25. Los juicios antes del juicio

## SEGUNDA PARTE

### EL JUZGADO

219	26. «¡Nunca perjudicaremos a Alemania!»
230	27. El acusado Hitler
243	28. Confesiones y tergiversaciones
253	29. A puerta cerrada
262	30. El ataque de la defensa
269	31. Una obra maestra de la ignorancia
279	32. El vaso de la amargura
286	33. El Dr. Frick
292	34. Los primeros testigos
301	35. Las desventuras del fiscal
307	36. Prioridades
313	37. «Unos individuos peculiares»
319	38. Una apuesta arriesgada
327	39. Sorteando los escombros
335	40. La jornada número trece
342	41. El <i>putsch</i> que no era un <i>putsch</i>
348	42. El estallido
355	43. Insinuaciones
360	44. El guardaespaldas de Hitler sube al estrado

---

<b>366</b>	45. Un giro dramático
<b>373</b>	46. «Buenos tiempos para la traición»
<b>382</b>	47. De Múnich al Valhalla
<b>389</b>	48. Últimas palabras
<b>398</b>	49. Finales y principios
<b>404</b>	50. <i>Nomen est omen</i>

TERCERA PARTE

**LA CÁRCEL**

<b>417</b>	51. El César en la celda número 7
<b>426</b>	52. Cara a cara
<b>435</b>	53. Mentiras, estupidez y cobardía
<b>444</b>	54. «Una amenaza constante»
<b>455</b>	<i>Epílogo</i>
<b>461</b>	<i>Agradecimientos</i>
<b>467</b>	<i>Notas y fuentes bibliográficas</i>
<b>619</b>	<i>Créditos de las ilustraciones</i>
<b>621</b>	<i>Índice temático</i>

---

1

**BÜRGERBRÄUKELLER**

En el extrarradio de las grandes ciudades,<sup>1</sup> allí donde las farolas escasean y los gendarmes van de patrulla siempre en pareja, hay casas en las que, cuando uno sube por las escaleras hasta que ya no es posible seguir avanzando, se llega a unos desvanes habitados por genios jóvenes y demacrados, unos criminales del ideal que se pasan el día entero sentados de brazos cruzados, perdidos en sus cavilaciones.

THOMAS MANN,  
*En casa del profeta*

*8 de noviembre de 1923*

Cerca de las diez de una mañana gélida y gris, Adolf Hitler —que no acostumbraba a levantarse temprano— se despertó con una jaqueca horrible y un dolor intenso<sup>2</sup> en la boca. Llevaba días negándose a recibir tratamiento para el dolor de muelas que padecía. Según él, no podía perder tiempo en ir al dentista.

Tenía treinta y cuatro años y vivía en una pequeña habitación alquilada que daba al patio interior<sup>3</sup> de un inmueble si-

---

tuado en el número 41 de la Thierschstrasse. El cuarto, con apenas dos metros y medio de largo y cuatro y medio de ancho, estaba decorado de forma muy austera: poco más había en él aparte de una silla, una mesa, una estantería y una cama grande cuyo cabecero bloqueaba parcialmente la única ventana. De las paredes colgaban algunos dibujos y el suelo de linóleo estaba cubierto por unas alfombras raídas. A pesar de que Hitler rara vez recibía visitas, en su último cumpleaños la habitación se había llenado de flores y tartas decoradas con esvásticas de nata.

Se abrochó el cinturón de la gabardina, se colocó una fusta alrededor de la muñeca y salió a toda velocidad hacia la sede del *Völkischer Beobachter* —el periódico del Partido Nacional-socialista—, ubicada en el número 39 de la Schellingstrasse, al norte del casco antiguo de Múnich y a pocas manzanas de los grandes bulevares de la ciudad. En las oficinas de paredes encaladas y escaso mobiliario de la segunda planta se encontraba ya Alfred Rosenberg, el introvertido editor de origen báltico que a sus treinta años se veía como<sup>4</sup> el verdadero ideólogo del partido. Llevaba una camisa violeta, un chaleco marrón, una americana azul y una corbata de un intenso color rojo. En el escritorio, sobre una montaña de documentos, había un revólver haciendo las veces de pisapapeles.

Rosenberg estaba enfrascado en una conversación<sup>5</sup> con el también miembro del Partido Nazi Ernst Hanfstaengl, un aficionado al arte de treinta y cinco años, alto y vanidoso, cuya familia poseía una conocida editorial especializada en libros de arte. Estaban hablando de la edición del periódico de esa mañana, que —debido a la inflación rampante que atenazaba al país— costaba cinco mil millones de marcos,<sup>6</sup> tres mil millones menos<sup>7</sup> que el *Münchener Post*, el diario de tendencia socialista que les hacía la competencia. Rosenberg y Hanfstaengl guardaron silencio al oír a Hitler avanzando por el pasillo mientras gritaba:



---

—¿Dónde está el capitán Göring?<sup>8</sup>

Nadie lo sabía a ciencia cierta. Hermann Göring solía llegar tarde al trabajo y muchos días comía fuera con amigos, normalmente en algún restaurante caro de la ciudad. Esa mañana, sin embargo, se había quedado en su casa, a las afueras de Obermenzing, para cuidar de Carin —su mujer, de origen sueco—, aquejada de neumonía.<sup>9</sup>

Cuando Hitler entró en el despacho, Rosenberg y Hanfstaengl se pusieron de pie. Les hizo jurar que no le contarían a nadie lo que iba a decirles y fue directo al grano: Rosenberg tenía que diseñar una serie de carteles y sacar una edición especial<sup>10</sup> del periódico. La misión de Hanfstaengl, por su parte, consistía en avisar a los corresponsales extranjeros de la manera más sutil y discreta posible para que se desplazaran a última hora de esa misma tarde a la cervecería Bürgerbräu sin desvelarles la razón. Después, los dos debían presentarse en las oficinas del periódico con sus revólveres para informar de la situación.

—El momento de la verdad ha llegado<sup>11</sup> —dijo Hitler—. Ya sabéis lo que eso significa.

Alrededor de las ocho<sup>12</sup> de esa tarde oscura y desprovista de estrellas,<sup>13</sup> un llamativo Benz<sup>14</sup> de color rojo se detuvo a las puertas de la Bürgerbräukeller, una cervecería situada al sur de Múnich, a poco más de medio kilómetro del centro. Este tipo de locales gozaban de una popularidad inmensa como centros de reuniones<sup>15</sup> políticas: prometían comida y bebida en abundancia, así como una atmósfera bulliciosa que propiciaba el contacto directo con los seguidores más incondicionales. Y ofrecían un ali-ciente añadido: se podía acudir a ellos para reventar los actos que celebraban los grupos rivales.

La multitud que se había concentrado esa noche excedía, sin embargo, todas las previsiones. Sólo un periódico, el *München-Augsburger Abendzeitung*, había informado de la reunión a tra-

---

vés de una nota breve y se habían enviado apenas cincuenta invitaciones, la mayoría de ellas en el último minuto. Aun así, cerca de tres mil personas abarrotaban el local para asistir al mitin de esa noche.

La policía municipal de Múnich llevaba ya cuarenta y cinco minutos impidiendo que entrara más público al local, y el gentío que se había ido formando en las escaleras de piedra, por debajo de las líneas policiales, llegaba hasta los raíles del tranvía.

La puerta del Benz se abrió y de él emergió Hitler. Según sus propias palabras, se vio «asediado por una muchedumbre inmensa»<sup>16</sup> que gritaba y trataba de abrirse paso hasta él para que los ayudara a entrar. Pero como simple invitado que era,<sup>17</sup> carecía de autoridad para cursar invitaciones, dijo, y se dirigió directamente<sup>18</sup> a la puerta en forma de arco que daba acceso a la cervecería.

Escortado por Rosenberg, Hitler entró en el comedor de la Bürgerbräu, una sala oscura y un tanto tétrica inundada del humo de los puros y los cigarrillos. Al fondo, una banda interpretaba canciones populares alemanas y las camareras circulaban entre las mesas de madera con las manos llenas de jarras de cerveza. Por todo el local flotaba un poderoso olor a filete de buey y a *sauerbraten*.

Había políticos, diplomáticos, periodistas, banqueros, dueños de imperios cerveceros, empresarios... Los hombres llevaban traje oscuro o uniforme, y las mujeres, abrigos de piel, joyas y vestidos de noche largos. El ropero estaba repleto de espadas, sombreros de copa y abrigos militares de gala. Como señaló un redactor del *Münchener Zeitung*, toda la élite política y patriótica<sup>19</sup> de la capital alemana de la cerveza parecía haberse dado cita allí.

El único que faltaba era el orador de la noche, el comisionado general del Estado de Baviera Gustav Ritter von Kahr, la persona que estaba llamada a pronunciar un importante discurso ante sus partidarios. Llegaba con más de media hora de retraso

---

y el público empezaba a impacientarse. Cuando Kahr, un hombre de sesenta y un años, menudo y con el pelo oscuro, entró por fin en la sala abarrotada, iba acompañado de Otto Hermann von Lossow, el militar bávaro de más alto rango, que apareció con su habitual monóculo, el rostro surcado por una cicatriz de sable y un uniforme militar con espada de gala al cinto. Los dos mandatarios se las arreglaron<sup>20</sup> para llegar a la parte delantera del local con la sola ayuda de un policía.

Después de una breve presentación a cargo del organizador de la velada, un comerciante de tabaco llamado Eugen Zentz, Kahr subió al estrado para pronunciar —o, mejor dicho, leer— su discurso. Se hizo largo, farragoso y poco atractivo. Habló del régimen marxista, de su ascenso imparable y de lo que tendría que hacer la ciudad de Múnich para protegerse de la «plaga», de la «encarnación del mal por excelencia».<sup>21</sup> Un confidente de la policía que se encontraba entre los asistentes comparó el discurso con una conferencia de historia llena de paja.<sup>22</sup>

—¿Sabe alguien de qué está hablando Kahr?<sup>23</sup> —preguntó Hitler con igual falta de entusiasmo.

Tal y como estaba previsto, Hitler y Rosenberg se habían reunido en el vestíbulo con un grupo de incondicionales. Cuando Hanfstaengl consiguió llegar hasta allí con unos cuantos periodistas y los vio, lo primero que pensó fue que llamaban demasiado la atención. Se abrió paso hasta el bar y volvió con una ronda de cervezas que le costó miles de millones de marcos.

«En Múnich nadie habría pensado<sup>24</sup> —afirmaría Hanfstaengl más tarde— que alguien con la nariz metida en una jarra de cerveza podía abrigar intenciones turbias.»

Apoyado en una columna, Hitler daba sorbos a su cerveza y esperaba.

Cerca de allí, en el almacén de una fábrica abandonada, Josef Berchtold —un contrabandista de tabaco<sup>25</sup> de veintiséis años—

---

estaba repartiendo rifles,<sup>26</sup> armas automáticas y granadas de mano. A la pequeña unidad de élite que comandaba se la conocía como Stosstrupp Hitler, o «Escuadrón de Asalto de Hitler». Había sido creada tan sólo seis meses antes y estaba formada por un grupo de hombres a quienes se había escogido especialmente por su valentía y por su lealtad.

Sus cerca de ciento veinticinco efectivos<sup>27</sup> estaban entrenados para participar en peleas callejeras y altercados en espacios cerrados —como una cervecería, por ejemplo—, y a menudo se les encargaban «misiones especialmente peligrosas»,<sup>28</sup> tales como actuar de vanguardia en algunas operaciones o realizar labores de limpieza al final de una reyerta. Vestían uniforme de campo de color gris, botas negras de caña y gorra de esquí decorada con una calavera plateada sobre un fondo rojo. El Stosstrupp Hitler compondría el núcleo original de las SS<sup>29</sup> o Schutzstaffel, la mortífera «brigada de protección» del Partido Nazi.

Al lado de Berchtold había un hombre de espaldas anchas que llevaba puesto un casco de acero con una esvástica enorme y una espada de oficial al cinto. Se trataba del capitán de treinta años Hermann Göring, el héroe de guerra que había sucedido al barón Manfred von Richthofen al frente del prestigioso escuadrón Circo volador después de que el Barón Rojo se estrellara en abril del año 1918. Göring se había unido al partido de Hitler hacía casi un año y era uno de sus miembros más célebres.

Aún no se había convertido en ese adicto a la morfina obseso con un anillo en cada dedo del que Rebecca West diría años después que parecía la «*madame* de un burdel». <sup>30</sup> Era un aventurero valiente y fanfarrón a quien en los salones muniquestes se recibía como a un «caballero del aire». Le habían concedido la condecoración militar más alta de Alemania, la Pour le Mérite, y alardeaba de haber derribado más de veintisiete aparatos durante la guerra. Después de la contienda se trasladó primero

---

a Dinamarca y luego a Suecia, donde trabajó como piloto acrobático y comercial, y también como representante de la compañía aeronáutica Fokker.

Ocho meses antes, a Göring lo habían nombrado responsable de las bien nutridas y a menudo indisciplinadas *Sturmabteilung*, las Divisiones o Tropas de Asalto del Partido Nacionalsocialista. Esta organización fue fundada a principios de los años veinte como una suerte de «servicio de protección del local»,<sup>31</sup> pero con el tiempo se transformó en una sección «de gimnasia y deporte» para que sus miembros practicasen boxeo, *jiu-jitsu* o ejercicios de calistenia. Desde entonces, su estructura organizativa adoptó un carácter más militar —con compañías, batallones y regimientos— y fue bautizada en honor a un comando de élite del ejército alemán que luchó en la Primera Guerra Mundial.

Las Tropas de Asalto vestían uniforme de color gris<sup>32</sup> —excedentes de la guerra en su mayor parte—, gorra de esquí, cazadora y un brazalete rojo de diez centímetros de ancho con una esvástica dentro de un círculo en el brazo izquierdo. Sus tristemente célebres camisas pardas —inspiradas en el atuendo de las tropas coloniales alemanas destacadas en el África oriental— se vieron por primera vez a los pocos meses, pero no se incorporaron al uniforme oficial<sup>33</sup> hasta el año 1926. Un estadounidense que había tenido ocasión de observar a estas bandas haciendo el paso de la oca por las calles de Múnich y gritando «¡Muerte a los judíos!» los definió como «los matones más violentos»<sup>34</sup> que había visto en su vida.

Bajo la dirección de Göring, las Tropas de Asalto destacaron sobre todo por su destreza en el manejo de las armas improvisadas, que solían ser habituales en las reyertas que acostumbraban producirse en las cervecerías: patas de sillas rotas, jarras de cerveza pesadas, puñales escondidos, cachiporras, porras, puños americanos y pistolas. «La crueldad impresionada»,<sup>35</sup> solía decirles Hitler a los soldados de este ejército. También les recomendaba

---

no abandonar nunca una pelea «a menos que sea con los pies por delante».<sup>36</sup>

Mientras Göring y Berchtold hacían los últimos preparativos, uno de sus hombres volvió de una ronda de reconocimiento por la zona y les informó de que la policía había conseguido por fin dispersar a la multitud<sup>37</sup> que se había concentrado frente a la Bürgerbräu. La entrada estaba despejada. Y lo que era todavía mejor: en el exterior sólo se veía a una docena de policías municipales.

Berchtold miró su reloj.<sup>38</sup> Göring y él ordenaron que todo el mundo subiera a los camiones.

Al poco rato, el resplandor de unos faros<sup>39</sup> iluminó una callejuela oscura que daba a la Rosenheimerstrasse. Un convoy de cuatro camiones con plataforma se detuvo en mitad de la calle, frente a la entrada principal de la Bürgerbräu.

—¡Vosotros, quitaos de en medio!<sup>40</sup> —gritó Josef Berchtold a un destacamento de la policía municipal de Múnich.

Cuando los miembros del Stosstrupp Hitler bajaron del primer camión armados con metralletas y bayonetas, algunos policías<sup>41</sup> los confundieron con una unidad del ejército alemán. Como señaló el comandante Berchtold, las fuerzas de seguridad estaban «desconcertadas y muy poco preparadas», y pronto se vieron superadas.

Göring desenvainó la espada<sup>42</sup> y saltó de un camión en marcha. Gritó algo<sup>43</sup> acerca de que el gobierno de Berlín había sido derrocado y que sus hombres sólo reconocían al régimen de Ludendorff y Hitler. Dos docenas de hombres lo siguieron al interior del edificio al grito de «*Heil, Hitler!*».

A las 20.25 horas, alrededor de un centenar de efectivos se habían desplegado por el local con el fin de bloquear las salidas, tomar el control de los teléfonos, cubrir las ventanas y rodear la sala principal. Un pequeño grupo portaba estandartes con esvás-

---

ticas y otro puñado de hombres arrastraba una ametralladora por el camino de grava de la entrada para introducirla en la cervecería.

Para entonces, Hitler se había deshecho ya de su gabardina y lucía un chaqué amplio de color negro. De su pecho colgaba una Cruz de Hierro de primera clase y otra de segunda clase. Dio un último sorbo a su jarra de cerveza y, según cuentan, la estampó contra el suelo.<sup>44</sup> Desenfundó su Browning,<sup>45</sup> apuntó con la pistola al techo y se dirigió al comedor.

Inmediatamente detrás de Hitler se encontraba su guardaespaldas,<sup>46</sup> Ulrich Graf *el Rojo*: un carnicero y exboxeador aficionado de cuarenta y cinco años con un poblado bigote estilo imperial. A éste lo seguían varios hombres más.

—Presta atención,<sup>47</sup> no vayan a dispararnos por la espalda —le dijo Hitler a Graf.

En el estrado, el orador de la velada —Gustav von Kahr— levantó la mirada de sus papeles y vio cómo se abría «un pasillo estrecho<sup>48</sup> entre el público». Lo primero que pensaron tanto él como el general Von Lossow —que estaba sentado al pie del escenario junto a otros oficiales— fue que se trataba de alborotadores comunistas.<sup>49</sup>

Los gritos sonaban como una discusión cada vez más acalorada.

—¡Alto! ¡Atrás!<sup>50</sup> ¿Qué es lo que quieren?

Los patrocinadores del acto se subieron a las mesas redondas y a las sillas para ver si podían identificar el origen del revuelo. Karl Alexander von Müller, profesor de Historia en la Universidad de Múnich, vio un mar de cascos de acero avanzando entre el humo que cubría el comedor. También pudo distinguir los brazaletes de color rojo.

Kahr se quedó petrificado. Los hombres, que empuñaban diferentes armas de fuego, iban derribando las mesas y las sillas a su paso<sup>51</sup> y lanzaban al suelo los platos de comida y las jarras de cerveza. La audiencia no daba crédito a lo que pasaba y tenía la sensación de estar a punto de presenciar un asesinato.

---

Los gritos aislados no tardaron en dar paso a la confusión y el pánico.<sup>52</sup> Las Tropas de Asalto habían montado la ametralladora<sup>53</sup> en el vestíbulo y apuntaban con el cañón hacia el público.

Cuando Hitler llegó a la parte delantera de la sala, a cinco o seis pasos del estrado, se subió a una silla y empezó a gritar, probablemente para pedir silencio. Su voz, sin embargo, se perdió entre el tumulto. Alguien disparó al aire. Varios testigos que se encontraban cerca del escenario afirmaron que el autor fue uno de los colaboradores de Hitler, tal vez su guardaespaldas. Como la multitud seguía sin guardar silencio, Hitler levantó su Browning, apretó el gatillo y realizó un segundo disparo<sup>54</sup> al aire.

Al bajarse de la silla tuvo que esquivar una mesa para acercarse al escenario. Un policía, el mayor Franz Hunglinger, se interpuso en su camino.<sup>55</sup> Hitler bajó la pistola, se la puso al oficial en la frente y le ordenó que se apartara. El coronel Hans Ritter von Seisser —jefe de la policía estatal de Baviera— le indicó con un gesto que obedeciera.

—¡La revolución nacional ha estallado!<sup>56</sup> —gritó Hitler desde la parte delantera de la sala.

Seiscientos hombres tenían la cervecería rodeada y nadie podía salir de ella. Los gobiernos de Baviera y Berlín habían sido derrocados, prosiguió Hitler a gritos con una voz aguda y ronca, y los cuarteles del ejército y la policía habían sido tomados. Por supuesto, todo aquello era mentira, pero Hitler confiaba en que pronto se hiciera realidad. Estaba sudando a mares. Parecía un loco o un borracho, o tal vez ambas cosas.

Se volvió hacia los tres hombres más poderosos de Baviera: Gustav von Kahr, el general Von Lossow y el coronel Von Seisser, y les pidió que lo acompañaran a una pequeña sala que Rudolf Hess había reservado ese mismo día.<sup>57</sup> Les aseguró que no tardarían más de diez minutos.<sup>58</sup> Los mandatarios dudaron,<sup>59</sup> pero acabaron accediendo a su petición y salieron lentamente del comedor.